

GABRIEL MIRÓ, EL PAISAJE Y LA GENERACIÓN DEL 98

Bien conocido es el redescubrimiento que los escritores de la llamada Generación del 98 hacen del paisaje español. Bien conocido y bien estudiado desde muchos puntos de vista. Por ello me limitaré a citar un párrafo en que Laín Entralgo resume muy acertadamente el amoroso sentimiento de aquellos escritores hacia la tierra:

"A este paisaje [al de la provincia nativa] se unirá luego otro, descubierto y conquistado ya avanzada su juventud: el paisaje de Castilla. Estos dos paisajes, el provincial y el castellano, nupcialmente enlazados en las almas de todos, incitan en ellos, con rara constancia, un sentimiento complejo, en el cual se funden el gozo del descanso, cuando la tierra se ofrece desnuda e intacta, y una acerba desazón humana y española, cuando el hombre proyecta su sombra sobre la tierra."¹

Castilla, los nombres de sus pueblos, cuyo significado no radica sólo en lo eufónico del sonido, sino en su transcendencia histórica, se convierte para esos escritores en un foco de interés y, lo que es más importante, ese interés no muere con ellos, sino que se transmite a escritores y generaciones posteriores. Es, en una palabra, una reconquista transcendental, que la crítica ha aceptado unánimemente.

Tan característico es este descubrimiento noventayochista, que se rastrea en escritores posteriores como rasgo que los sitúa en la línea de herederos directos de la Generación. Me refiero, concretamente, al caso de Camilo José Cela, al que con cierta frecuencia se ha caracterizado como el epígono más evidente de los del 98. Y uno de los puntos en que se ha apoyado el parentesco (el único lejanamente probable, en mi opinión) ha sido el interés que, en algunas obras, muestra por pueblos y tierras que, como viajero, va recorriendo.

"Abramos *Judíos, moros y cristianos* otra vez —dice Zamora Vicente, comparando la obra con los *Ensayos* de Unamuno o *Los pueblos* de Azorín. Y seguimos teniendo viva esa raíz, profunda, nutridora de nuevos y valiosos frutos. Pueblos y más

¹ PEDRO LAÍN ENTRALGO, *La generación del 98*, Buenos Aires - México, 1947, p. 45.

pueblos, lugares y lugarejos son los personajes reales del libro, a veces solamente enunciados, lanzados a la contemplación del lector tan sólo con el prestigio de sus nombres: nombres de viejas ciudades y de venerables templos o abadías, enfermas de pasado brillante, o los insignificantes caseríos olvidados en el llano extendido al sol implacable."²

Es admirar cómo se ha descubierto este aspecto en la obra de Cela, cómo se han hecho estudios sobre él, y cómo se ha olvidado —ignorado, tal vez— a Gabriel Miró, cuya apreciación del paisaje, especialmente en algunas de sus obras, está mucho más próxima al espíritu noventayochista.

No me parece este aspecto de la obra de Miró como el más importante de ella —ni siquiera fundamental—, si se compara con temas que ya he tratado en otras ocasiones; existen otros muchos motivos que considero más profundos y trascendentales. Sin embargo, no se puede pasar por alto la sensibilidad de Miró ante la naturaleza, y su peculiar forma de exposición, sobre todo si se le concede al paisaje en la obra de Cela importancia tal como para considerarle el único epígono del 98, según la crítica —algunas veces— y él mismo han insistido en afirmar.

Me referiré aquí, concretamente, a una obra de Miró, *Años y leguas*, publicada en 1928, cuyo desarrollo se realiza casi totalmente en tierras de Levante. Pero aunque los lugares descritos son auténticos y reales, en algunas ocasiones no es Levante ni su paisaje lo que importa: es *el paisaje*, "el gozo del descanso, cuando la tierra se ofrece desnuda e intacta" —como diría Laín Entralgo aplicándolo el 98—, la huida de las ciudades que tanto añorarían, a pesar de su cosmopolitismo, esos escritores. Lo mismo representa para Miró la llegada al campo: "La rinconada le dio su goce a costa del cansancio de la ciudad. Allí se escaparía cuando quisiera, llenándose el corazón y los ojos de todo aquello, como si se llenara, de prisa, los bolsillos."³

Laín Entralgo encuentra, en la visión del paisaje natal que tienen los hombres del 98, tres elementos básicos: 1) La tierra misma, como una realidad querida; 2) El habitante de esa tierra, como elemento perturbador; 3) Un espectador del paisaje, en el cual proyecta el autor su propia personalidad (*op cit.*, p.

² ALONSO ZAMORA VICENTE, *Camilo José Cela*, Madrid, 1962, p. 112.

³ GABRIEL MIRÓ, *Obras completas*. Madrid, 1943, p. 947 (todas las citas de Miró se harán por esta edición).

33). Además advierte cómo en el paisaje nativo de estos escritores están aferrados sus recuerdos infantiles (p. 45).

Pues bien, si analizamos aunque sólo sea una obra de Miró, podemos encontrar exactamente los tres elementos básicos noventayochistas, así como los constantes recuerdos de la infancia, íntimamente unidos tanto al hombre como a la naturaleza.

En *Años y leguas* describe Miró su vuelta al campo después de una larga ausencia. En toda la obra late su amor por la tierra reconquistada: "Y entonces Sigüenza percibe el grito interior sobrecogido: «¡Campo mío!» Ya se ve, sin verse, en el agua de los riegos que corría, en la cal de los cortinales, en el temblor de los chopos, en el azul, en todo lo que le rodeaba. El olor de los viejos campos de la marina, como el olor de su casa familiar en la felicidad de los veranos de su primera juventud" (p. 949).

La pura contemplación del paisaje es un gozo de delicias: "Mañana de junio, alta, grande, precisa hasta en los confines. Sigüenza, delante. Podría ir volviéndose, mirándola toda. Pero se impuso la penitencia de beber a sorbos, de disciplinar la contemplación. Ahora se quedará cara a cara del pueblecito, aunque los horizontes le llamen con un grito infinito de silencio para que sus ojos brinquen y se revuelquen en sus delicias" (p. 951).

El habitante de esa tierra es también, casi siempre, como en los escritores del 98, un elemento negativo para Miró. Se pregunta: "—¿Desde que nacemos somos ruines, o no lo somos?" (p. 1035). Y ¿qué mayor ruindad que destruir la naturaleza?: "Los pinos grandes estaban señalados por el hacha del mercader. De la llaga del tronco salía la goma en venas, con su telo y su pulso, y en gotas desnudas, cristalizadas. Hace veinte años los pinares de Aitana no eran mercadería, sino naturaleza y soledad" (p. 1056). La brutalidad máxima del hombre la expresa Miró a través de su crueldad para con los animales. El hombre, asesino de las águilas y de sus crías, es una historia que le ha conmovido tanto que aparece, casi igual, en tres momentos distintos de su obra. Por última vez, en *Años y leguas*, evidenciando, sin comentarios, la barbarie de los labradores (p. 971).

En cuanto al elemento tercero señalado por Laín Entralgo, el espectador en el cual se proyecta el autor, es innecesario insistir. Sigüenza, el *alter ego* de Miró, es quien va expresando sus sentimientos —los de Miró— que a veces es parte de él mismo. "El cántico de una avecita del cielo sumergió en un éxtasis de

siglos a un anacoreta. Sigüenza, transido oyéndolo, se apasiona más por la tierra" (p. 1055). "¡Aquí tienes el Ifach, Sigüenza, en el tiempo prometido! Ahora ha de ser cuando lo comprendas y lo goces" (p. 1023). "Miraba Sigüenza la gran sierra: la bronquedad de las carrascas y aliagas, los berruecos de plomo, los pinares negrales..." (p. 1006). "Sigüenza no veía en Benidorm más que Benidorm, sin mármoles, sin nada clásico. Benidorm sumergido entre azules perfectos mediterráneos" (p. 977), etcétera.

Los recuerdos infantiles acompañan a Miró, no sólo en *Años y leguas*, sino a lo largo de toda su obra. Es más, identifica provincia con infancia: "Promesa de provincia; es decir, de infancia" (p. 947). El regreso a la región natal es una constante evocación de la niñez: "¡Más de treinta años, Señor! De modo que este buen hombre quizá le viese cuando él pasó, siendo muchacho, por estos lugares" (p. 950). Y los paisajes reproducen en el escritor sentimientos lejanos, casi olvidados: "Allí, en el faro, parecía que acudiese, como imantada, toda la sensibilidad del paisaje y de la marina, y toda la emoción de un mundo maravilloso y de las ansiedades de la juventud de Sigüenza" (p. 1012).

Las descripciones que hace Miró, aunque llenas de emoción, reproducen paisajes reales, muchas veces con un realismo casi duro, por lo deslumbrante. Un pueblecito: "Callosa de Ensarriá es un pueblo moreno, acortezado, encima de una hoyada verde, como si fuese toda una mata inmensa de calabazar maduro, que cuelga en la peña el montón de fruto carnoso" (p. 979). Una montaña junto al mar: "Por fuera, la roca caliente, de color de león, alzándose apasionada, de pies, al cielo; por dentro, la roca pálida, huesuda, como antes de que los barrenos rasgasen su virginidad. Cada túnel abre una mirada fresca al mar y otra de campo torrado, y el confín marinero y el horizonte labrador se concentran en las dos lentes de piedra" (p. 1022).

Y, como sucede con los escritores del 98, la contemplación de la naturaleza lleva también a algo más profundo; a la evocación de la historia y de los hechos que han impulsado al hombre. Ante el peñón de Ifach renacen los marineros fenicios, griegos, etruscos, romanos; Venus y la reina que allí fundó su baño de placer; el rey de Numidia y los Escipiones luchando contra Cartago (pp. 1023-1025). Las evocaciones históricas son frecuentes en la obra de Miró.

Otro aspecto interesante, común también a otros escritores,

es el recreamiento en la belleza de ciertos topónimos, mencionados, a veces, solamente por lo eufónico de sus sonidos: "Ibi, Tibi, Famorca, Benisa, Jávea..." (p. 1007). "Guadalest, Benimantell, Beniardá, Benifato, Confrides" (p. 1061). "Mientras Aitana se abre y se tiende sola en su universo, van pasando enfrente, desde el cuerno torcido y azul de Bernia, los rasos de Tárbená, la comba de Almetlla, el Chortá, de una calma solanera, el Serrella, con sus rúbricas de oro sonrosado" (p. 1061).

No sólo topónimos, sino también otros nombres de lugar se enumeran por su belleza o por su gracia, como sucede con los nombres de calles: "Siendo chico Sigüenza, estuvo en Ciudad Real. Se puso a recordar sus calles: Calle de la Azucena, calle del Camarín, calle de Toledo, de la Ciruela, callejón de Alarcos" (p. 984). También acumula Miró algunas veces apodosos curiosos de ciertos personajes, conocidos por sus bravuconerías locales: Busco el Grande, Busco el Menor, el Baldat, Mincho, Bresquilla, Mitjana, Destralet, Pinet, el Bou... (pp. 985-987). Figuras características y no muy amables de los pueblos —que otros escritores anteriores y posteriores a Miró han retratado en sus obras, como los ciegos y los tontos— aparecen esporádicamente en la obra de Miró, como Peret, el bobo de Chirles (p. 990), y el oracionero ciego, al que sirve su perro de lazarillo, en la desgarradora historia de *El humo dormido* (pp. 626-629).

Creo que, ante estos ejemplos, la famosa afirmación que hizo Camilo José Cela en su *Baraja de invenciones* —"Me considero el más importante novelista desde el 98, y me espanta el considerar lo fácil que me resultó"—, que a tantos críticos ha deslumbrado, no debe considerarse más que como una broma, que ni el propio Cela —quien probablemente ha buceado en la obra de Miró— puede, no ya creer, sino ni siquiera sostener seriamente. No le creamos, pues, y no caigamos en la injusticia de ignorar la figura de Gabriel Miró, como con tanta frecuencia suele suceder, lamentablemente.

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE

Universidad Iberoamericana.

